

## **SOLARIS: UN MUNDO SORPRENDENTE**

Miquel Barceló

A veces los autores de ciencia ficción imaginan cosas francamente sorprendentes. Hace ya casi tres años (julio de 1995), comentábamos aquí la idea de especular en torno a si una masa de materia interestelar pudiera llegar a estar dotada de inteligencia. Así lo hicieron, por ejemplo, Fred Hoyle en "La nube negra" (1957) o, más recientemente, el veterano Frederik Pohl en "El mundo al final del tiempo" (1990).

Otra idea un tanto paradójica y no menos sorprendente es la de imaginar una mente única a nivel planetario. Uno de los mejores ejemplos de ello es el descrito en "Solaris" (1961), la magistral novela de Stanislaw Lem que, diez años después, dio lugar a una dilatada y reflexiva versión cinematográfica dirigida por Andrei Tarkovski.

Manuel Moreno, doctor en ciencias físicas y profesor del departamento de Física e Ingeniería Nuclear de la UPC, eligió precisamente "Solaris" para su intervención en el ciclo de cine de ciencia ficción que cada año se suele organizar en el Campus Norte de la Universidad Politécnica de Cataluña. La riqueza e interés de sus comentarios en esa estimulante sesión de cine-forum me ha sugerido esta PARADOJA.

Solaris es un curioso planeta que orbita entre dos soles, uno rojo y otro azul. Es evidente que tal supuesto es arriesgado. Sabemos que, en esas condiciones, la órbita no puede ser estable y que, tarde o temprano, el planeta será engullido por uno de los dos soles.

Pero, nos cuenta Lem, eso no ocurre con Solaris. Milagrosamente la órbita permanece estable y lo lógico es suponer que algo o alguien colabora a ese hecho insólito según la mecánica celeste.

Solaris es un planeta cuyo diámetro sobrepasa en un quinto el diámetro de la Tierra, pero que dispone de una masa varias veces inferior a la de nuestro planeta. La superficie de Solaris está cubierta por un océano tachonado de innumerables islas, a modo de altiplanicies. Pero todas esas islas suman una superficie que es incluso inferior a la de Europa. Se trata, evidentemente, de un mundo acuático.

En la hipótesis de Lem, ese océano es una formación orgánica, una entidad compleja que viene a representar toda la vida existente en Solaris: un único habitante pero gigantesco. Una vida que parece haber evolucionado no sólo para adaptarse al medio, sino para dominarlo. Efectivamente: la razón última de la imposible estabilidad del planeta parece residir en ese océano al que los físicos, sin por ello asignarle la categoría de ser vivo,

han denominado "máquina plasmática" por haber encontrado cierta relación entre los procesos que tienen lugar en ese océano y el potencial de gravitación medido localmente. La estabilidad de la órbita se explica a expensas de generar un misterio mucho mayor.

Tanto la novela como la película, parecen orientadas a sugerir los inevitables límites del ser humano y de su capacidad de comprender lo intrínsecamente distinto. En realidad, "Solaris" viene a ser un caso extremo de "contacto con inteligencias extraterrestres" y, en el fondo, una reflexión que bordea la metafísica en torno a si existe o no una verdad absoluta. Inevitablemente seres tan distintos como ese océano y el humano protagonista parecen condenados a no comprenderse.

Lem imagina, consecuentemente, una nueva ciencia, la "solarística" construída en torno a las raras experiencias que surgen en un mundo como Solaris, donde incluso las mediciones de los aparatos electrónicos muestran una actividad fantástica agravada por el hecho de que esas mediciones nunca resultan ser repetibles. Posiblemente la interacción de ese misterioso océano altera los datos y amenaza incluso a un hecho capital en la ciencia observacional moderna: la postulada capacidad de poder repetir los experimentos. Un postulado que, simplemente, no se da en Solaris, lo que, implícitamente, deja en mal lugar a la ciencia como herramienta última de conocimiento. La "solarística" empieza a alzarse como una nueva fe disfrazada de aspectos científicos, como una posible nueva religión de la era cósmica.

De una arriesgada hipótesis planetaria, Lem extrae como consecuencia un interesado análisis de los límites propios del ser humano. Límites individuales cuando las mentes de los protagonistas rehusan aceptar sus creaciones mentales que parecen haberse convertido en reales en Solaris; y límites como especie incapaz de superar las barreras del propio antropocentrismo. La comprensión de la inteligencia alienígena resulta imposible al margen de nuestro propio marco de referencia cultural y filosófico, evidentemente limitado.

No se me ocurre mejor final que la cita de la novela que el propio Manuel Moreno eligió para cerrar su presentación: "*El hombre se había limitado al descubrimiento de otros mundos y civilizaciones, sin haber explorado íntegramente sus propios abismos*".